


71-408918  
L. 23 E. 24



# COLON Y SU EPOCA

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO POR

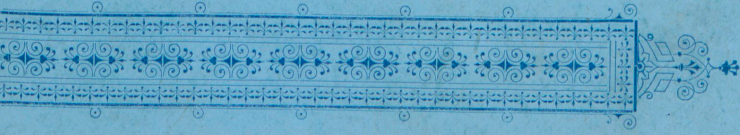
EN EL

ATENEO DE CADIZ

COMO PRESIDENTE DE DICHA CORPORACION



AÑO ACADEMICO DE 1891-92

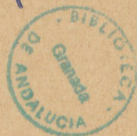


DON RAFAEL DE LA VIESCA Y MENDEZ

ANT-XIX-1285/18

20 cms

R. 75.274



# COLON Y SU EPOCA

## DISCURSO INAUGURAL

DEL

AÑO ACADEMICO DE 1891-92

PRONUNCIADO EN EL

**ATENEIO DE CADIZ**

POR EL PRESIDENTE DE DICHA CORPORACION

D. Rafael de la Viesca y Méndez.



CADIZ.

TALLERES TIPOGRAFICOS DE RODOLFO DE OLEA

COMEDIAS, 10 Y 12.

1892

Al Señor Sr. don fernan  
Jaque en testimonio  
de respetuosas complacencias

Mafadoclabien

---

SEÑORES:

**O**TRA vez, no por voluntad propia, sino por prescripción ineludible del reglamento, vengo á leeros un discurso de apertura. Me conocéis de antiguo, sabéis cuanto necesito de vuestra indulgente benevolencia y entiendo que huelgan párrafos dirigidos á solicitarla, porque muestras sobradas tengo de cuanto vale la exquisita cortesía que en vosotros brilla. Y ésto es precisamente lo que más me apena en estos instantes y lo que coloca mi ánimo en más triste tortura. Os debo tanto; me habeis otorgado tales muestras de cariño; seguísteis mis alegrías de ayer, honrándome con prueba señaladísima de afecto, que jamás olvidaré, que al pensar que voy á comparecer ante vosotros, no os miro ya como á jueces, sino que mi gratitud, mi conciencia y mis recuerdos, se convierten en acusadores enérgicos, delatando á voz en grito la indefendible audacia de entretener vuestra ilustrada atención con los pobres trabajos que mi pluma emborrona.

Un discurso inaugural de los trabajos de un centro literario y científico de la importancia que el nuestro alcanza, por las ilustraciones que constituyen la savia de su vida activa, debe ser campo fecundo de doctrina, heraldo entusiasta que inicie la labor futura, joya afiligranada en su for-

ma y cátedra donde se expongan árduos temas de interesantes debates ó resoluciones y se resuelvan los problemas más movidos, ó más laberínticos que preocupen á la sociedad. Quien lo procure debe tener áquel dominio de inteligencia que el talento dá: aquel profundo convencimiento que del estudio se deriva; la práctica en el mundo, que con los años viene; los primores de estilo y las galanuras de lenguaje necesarias para matizar el tecnicismo de las materias, con la tela de encaje de una gramática correcta y una frase castiza.

Detesto la falsa modestia, pero me enamora la franca sinceridad, y, en prueba de ello, bien puedo deciros que por lo apuntado y por lo más que pudiera escribir, y por las miradas que aquí dirijo y las figuras de personas de letras y de ciencias que descubro, la voz que debía levantarse esta noche en el Ateneo no era la mía; que en solemnidad tan severa, ante concurso tan ilustrado, después de esa rima en prosa, sonora al oído, melodiosa en el acento, repleta de imágenes, con que nos ha deleitado el Secretario general, yo debiera enmudecer, abandonar este sitio, confundirme entre el público y desde allí aprender cuanto me falta y aplaudir con todas las vehemencias de mi espíritu los ricos frutos que el ingenio gaditano produce á diario en este palacio de las letras, que la voluntad de los unos cimentó, la munificente protección de los otros sostiene y el esfuerzo de todos vosotros acrisola, conserva, ampara y vivifica.

No he hecho en este año un exordio para atraerme vuestras simpatías. Tengo la jactancia, pero jactancia de afecto profundo y cariño respetuoso, de reconocer que cuento con ellas. Preparo mi trabajo, acusándome á mí propio de corresponder de modo tan imprecendente á vuestros múltiples favores, porque bien pronto lo vais á ver; el discurso que he de leeros no se halla dentro de las condiciones que he señalado, y que á mi juicio, deben tener los

trabajos que se escuchan en actos de la naturaleza del que aquí nos congrega.

Si en la ocasión última en que os dirigí la palabra, yo quería escudar mi carencia absoluta de condiciones literarias y científicas, eligiendo un tema que no encajara, y perdonadme lo vulgar y manoseado de la frase, dentro de ningún determinado ramo del saber, para así ocultar mejor mi ignorancia, este año ha de valerme de la nota de actualidad, tan indispensable en los asuntos que se eligen, para de escrito ó de palabra ofrecerlos á la consideración de los demás.

Por otra parte, necesito, que la aureola de simpatías que la historia toda ha colocado sobre la figura que os traigo, el inmenso interés que hoy despierta y los importantes preparativos que se disponen para honrar su recuerdo, se levanten ahora en vuestros espíritus para que borren las incorrecciones, que teneis forzosamente que encontrar en mi trabajo, formado al correr de la pluma, no por desidia, no por aplazamientos de última hora, sino por absoluta imposibilidad de tener dias libres y horas tranquilas, exentas de esa agitación propia de quien por imperfecciones de su inteligencia, para ser algo necesita abarcar mucho y no tener ni minuto de tregua, ni segundo de reposo.

También, y vá de recuerdos, el último curso os hablaba yo de la opinión pública, siquiera fuese para quejarme de la injusticia de algunos de sus fallos, para condenar muchas de sus tendencias, para repeler el pernicioso influjo que quiere atribuirse dentro de la vida moderna. Hoy os ofrezco, y no me acuseis de inconsecuente, un tema que esa opinión proclama, esa opinión que tuvo también sus errores al juzgar al personaje héroe de mi estudio; que lo motejó de loco, que lo tachó de visionario y que lo hizo rodar de córte en córte, como juguete de intrigantes y ambiciosos.

La apoteosis de ahora, labor de una reacción justísima

que la ciencia, la religión y la pátria reclamaban de consuno, es el *mea culpa* mas solemne que ha podido salir de los amoratados lábios de esa falsa deidad que denigra y sublima, ensalza y abate. Es la confirmación plena de la tesis que tuve el honor de someter á vuestro ilustrado examen; porque recordad, que pretendí demostraros, que las injusticias de la opinión pública, tarde ó temprano tenían que enmendarse, siendo esos hechos futuros, arrepentimientos gloriosos que vienen á demostrar en el libro del mañana, las tristes aberraciones del hoy y del ayer.

La opinión pública se agita en estos momentos, pensando en Colón: la fecha de 1892 servirá de cumplido desagravio á la de hace cuatro siglos; y, las notas que en estos momentos colocan en las negras líneas del pentágrama afamados compositores, y que han de ser himnos armoniosos que conmuevan á las multitudes; los pedazos de barro que en el estudio de los escultores se modelan, adquiriendo vida al mágico impulso del talento, que cual chispa divina crea y vivifica y luego con los golpes del cincel hace resaltar en la blancura del mármol, lo mismo que en los verdes tonos del bronce, la figura de los reyes con sus pieles de armiño, la de los frailes con sus toscos sayales y la plegada esclavina de sus capuchas, las armas brillantes de los guerreros, las telas lujosas de los magnates, las joyas y atavíos de las damas, servirán esta vez para realzar la figura del pobre y oscuro marino; ya resuenan casi en el oído las estrofas inspiradas de tanto poeta entusiasmado y vehemente, que sabrán arrancar á su lira ecos vibrantes que palpiten en cada una de sus sílabas, en cada una de sus modulaciones, respeto al génio, idolatría por la patria y culto santo por los prestigios de la ciencia, la perseverancia y la abnegación; la nobleza, recordando sus antiguas tradiciones, prepara fiestas suntuosas; la marina fijándose en la hermandad que la liga con el insigne almirante, se dispone á asociarse al regocijo universal; el ejército, fiel á

su credo de valor y á su dogma de lealtad, cree sagrada deuda de conciencia, dedicar estusiastas recuerdos al que dió pruebas de denuedo, luchando con el mar, venciendo á las pasiones, que cual olas encrespadas, querían sumir sus alientos de alma grande en el seno tristísimo del olvido ó del desprecio; y, en una palabra, los vítores que atronarán los aires, el entusiasmo que ha de flotar en la atmósfera y los festivos que se celebren, los torneos literarios que se organicen, los premios que se otorguen, serán á no dudarlo, la compensación que de derecho reclama aquél que en 1492 se entregó á las aguas y por las aguas fué á satisfacer la imperiosa necesidad que había en su alma, de ensanchar el mundo, sin más norte que su fé, sin más guia que su propia convicción y sin más auxilio que el que le prestara una mujer, que á fuer de española era hidalga, y á fuer de reina noble, y á fuer de noble, de española, de reina y de hidalga, amante entusiasta de los esplendores, las conquistas y las magnificencias de este pedazo de tierra, que si entre los mares vivía, lógico era que por el mar y en el mar se engrandeciese.

De Cristóbal Colón he de hablaros: porque juzgo que en el deber ineludible que tiene este Ateneo de asociarse á las muestras de admiración que se inician, es oportuno que la primera palabra que resuene en este sitio al congregarnos para reanudar nuestras tareas académicas, sea de aplauso para la figura del ilustre marino, viniendo así á continuar aquel maravilloso trabajo que hace poco recordaba la memoria del Sr. López Saccone, y que fué escuchado con la complacencia extrema y el respeto que aquí merece la palabra fluida del que más que maestro es consejero y amigo deferente.

Líbreme Dios, al hablar del asunto que me propongo, profundizarlo en toda su extensión é invadir el campo predilecto de eminentes eruditos, que, por derecho propio, tienen la primacía al tratar de estas cuestiones. Mi trabajo

ha de reducirse solo á un simple bosquejo de personaje tan notorio, delineándolo con los tres caractéres que á mi manera de ver descuellan más en su vida y en sus hechos: su ciencia, su fé y su heroismo.

Las tres cualidades apuntadas, que brillan con indelebles rastros de vívida luz en la figura gloriosa de Cristóbal Colón, forman el sencillo método que me propongo seguir, presentándolo, como hombre de ciencia, como católico fervoroso y como espíritu tenáz y esclavo de su honor. Mas no sólo es ésto, con ser ya mucho, todo el mérito que á mis ojos tiene la figura esclarecida del invicto Almirante. Para mí, se identificó por completo con su época; y á las postrimerías de un siglo que en poco había estimado las ventajas del saber, que había hecho público alarde de su ignorancia y su despego á las prodigiosas manifestaciones de la sabiduría humana, surgió una era fecunda de progreso y bienandanza, que destierra por completo las turbulencias y nebulosidades de la Edad Media, rodeando de plácidos arreboles la aparición de los tiempos modernos.

No voy á hacer la biografía de Colón: á pesar de la sencillez con que quiero revestir mi actual discurso, intento borrarle toda nota que pueda confundirlo con un panegírico ó trabajo de periódico y seguramente pudiera tener alguno de estos caractéres, á más de la natural ofensa que á vuestros ilustrados conocimientos yo inferiría, si viniera á descender al pormenor de los hechos de la vida de Cristóbal Colón, empezando por hacer mérito de aquellas famosas y largas disputas de las ciudades que han controvertido los motivos que poseían para alegar el haber sido cuna de hombre tan preclaro.

En este punto habría que revolver infinidad de textos; habría que citar la opinión del Sr. Vidart, que lo hace inglés; el testamento y el codicilo del mismo Colón, en que se declara nacido en Génova; el parecer de Justiniani que en su *Salterio Poliglota* se muestra conforme con la auten-

ticidad de los nombrados documentos en un minucioso y concienzudo examen que de ellos verifica; así como también sería de justicia recordar los juicios y criterios de Remursio, Ternero, Washington Irving, Muñóz, Robertson, el marqués de Stangliano, Enrique Harrisse, etc. etc.; más temo que tan extenso catálogo de nombres pueda fatigar vuestra indulgentísima atención.

Es cualidad de todo genio y de toda figura que haya dejado rastro en la historia, aunque sus contemporáneos dudaran de su mérito, su valor y su importancia, que luego, cuando los años pasan y los siglos se suceden y los tiempos varían, las generaciones venideras se encarguen de depurar con el escalpelo de la crítica la trascendencia del alcance imparcial que tuvieron cada exposición de un hecho, cada incidente de su biografía y cada fallo sobre sus cualidades y motive y promueva reñidas batallas, formidables controversias y acaloradas discusiones. Y si ésto, como va dicho, es regla general, en la vida de Colón se centuplica, si vale la frase y se dá el fenómeno, de que no haya personalidad que cause mayor cúmulo de opuestas tendencias, aun cuando sea para examinar el acto mas nimio que en su existencia realizara. Muchas veces he pensado yo acerca de ésto, y, aparte de la razón que me doy, ya apuntada, al ver la prolijidad de los argumentos que se usan, lo verdaderamente extraordinario de ciertas apreciaciones, por el ingenio que revelan y el empeño y la tenaz insistencia con que hoy mismo, por autoridades de todos respetadas, se sacan á debate estos temas, como si se diesen en los momentos actuales, entiendo que debe haber otra razón poderosa que justifique tal predilección por parte de la crítica; porque hombres de tanto genio como Colón presenta la historia y ninguno de ellos se estudia y se analiza con tanto ahinco y tanta perseverancia. ¿Será otra compensación más que la humanidad quiere tributar á la memoria del esclarecido hijo de Génova? Aquel abandono en

que en su tiempo se le tuvo; aquel desprecio que á muchos mereció, se trueca ahora por ley fatal, pero no por eso injusta, en ovaciones continuadas que de diario, en la prensa, en el folleto, en la cátedra, en la academia, se rinden á su recuerdo. Los que me escuchan saben que no exagero en este punto.

Ya aludía antes al pleito ruidoso que habian mantenido poblaciones notables, acerca del lugar donde nació. Citemos ahora la interesante cuestión que se promueve relativa al punto de donde partiera en su primer viaje, y, en la que ha demostrado una vez más sus eruditos conocimientos una personalidad importante en la literatura moderna y á quien le debe cariñosos servicios este Ateneo, por lo que ha contribuido con sus trabajos luminosos á aumentar la fructífera tarea de nuestras conferencias, nuestros discursos y nuestras discusiones. Varias ciudades americanas se disputan el poseer los restos mortales de Colón y no hace mucho tiempo que desde este mismo sitio oísteis el relato de la controversia mantenida acerca de su última expedición, punto interesante tratado con aquella galanura de forma y aquella claridad de inteligencia propias en quien lo explanó.

Dáse en este punto otro fenómeno; la discusión no se limita á hechos más ó menos envueltos entre las oscuridades del tiempo ó las omisiones del silencio; se fija en las mismas palabras del Almirante y se duda de lo que él propio dice en su testamento, en su codicilo ó en sus cartas. Sobre ésto se discurre, de ésto se duda y se traen á la polémica encontrados datos, numerosas citas y curiosísimos argumentos. Me conviene fijarme en todos estos detalles, porque ellos son circunstancias abonadas que defienden las incorrecciones que indudablemente presenta mi trabajo, por dos motivos esencialísimos. ¿Si tanto se ha dicho y se dice ahora mismo sobre Colón, qué aspecto nuevo he de adoptar yo y he de traer en mi estudio? Sí tantas notabili-

dades de la ciencia y de la literatura encuentran dudas en los hechos más sencillos de su vida, ¿cómo podré yo aclararlas? Sirvan estas investigaciones de nueva disculpa, para la responsabilidad que contraigo ante vosotros y ante la ilustración que flota en indelebles caracteres en la tradición gloriosa de la existencia científica de este Ateneo.

Cuando aparece Colon en la escena del mundo, cuando á fuerza de escaseces y penurias logra estudiar las artes y las ciencias y emprende primero aquellas navegaciones comerciales, que nos relata con tanta maestría como ingenio Washington Irving; cuando concibe los proyectos que más tarde le dieron por fruto la conquista del Nuevo Mundo y recorre las más importantes córtes de Europa solicitando auxilio para el logro de sus propósitos, acababa la historia de realizar la importante transición que supone el cambio de una edad por otra. Costumbres que se borran; civilización que surge, monarquía que se consolida, artes que se protejen; turbulencias de minorías que tienen su compensación más ámplia en cimientos de Gobiernos sólidos; hé aquí los rasgos exteriores más salientes que dibujan este momento grandioso, que si para todos los pueblos fué notorio, lo tuvo que ser mucho más para nuestra España, no sólo por las circunstancias especiales de su existencia últimas, no por que ella con uno de esos poderosos alientos propio de su sangre gloriosa y de su espíritu altivo, contribuyó indudablemente á cooperar al cambio radical que se notó en toda la Europa. Caía la Edad Media; ella se llevaba tras de sí el ruído de los rastrillos de las imponentes fortalezas feudales; las melodiosas endechas de los trovadores que en cada una de las vibraciones de sus liras depositaban un suspiro de amor ó un beso de apasionado cariño; los turbantes de los árabes que aprisionaron cabezas, de donde surgieron los calados agimeces de la Alhambra, las arcadas de la mezquita cordobesa, los patios del Alcázar de Sevilla; los blancos jáiques de sultanes y califas, que

cubrieron pechos de los cuales se escaparon suspiros como el de Boabdil, energías como las de Almanzor, y consejos como los de Abderramán; también se iban para siempre las lanzas rotas en los *juicios de Dios*; las cruces rojas de los guerreros de la Tierra Santa; los ódios y las privanzas de los Nuños, de los Laras y los Lunas; los lamentos de la Castellana, condenada á vivir en perpétua soledad, mientras el Señor extendía sus dominios, ó luchaba por la pátria; las concejas de dueñas, las tradiciones de escuderos, los tributos del siervo, las negras siluetas de aquellos altos torreones que como símbolo de poder y fuerza, mostraban cual fatídica bandera el cadáver de algún ajusticiado, que entre las primeras tintas de la noche balanceaba el viento, como campana de muerto que arrullara el sueño del poderoso magnate, árbitro de vidas, de honor y de haciendas. Allá se dibujaban en lontananza la época de esplendor y de auge de nuestras victorias militares; las rojas vestiduras del cardenal Ximenez de Cisneros; la espada gloriosa de Gonzalo de Córdoba; el morado pendon de los Comuneros de Castilla sobre los yermos campos de Villalar; el estrépito del cañon que anuncia que la diadema del imperio alemán viene á unirse á la corona de España; el eco de los vencidos en Pavía, las frases del Rey Caballero en la Torre de los Lujanes; las proezas de Hernan Cortés, épico canto escrito por primera vez con la roja tinta de la sangre en los impenetrables bosques é inmensas llanuras de la vírgen América; las conquistas de Pizarro, que venció y sugetó á los hijos del Sol, para que luego un monarca pudiera decir que el astro del día nunca se eclipsaba en sus dominios; las bases de la dieta de Augsburg, los Cánones del Concilio de Trento, las cúpulas del Escorial, las guerras de Flandes, y, en una palabra, toda esa brillante pléyade de hechos invictos que se agolpan y confunden en apretado haz, para deslumbrar la inteligencia, conmover el espíritu y enaltecer los corazones.

Dentro de este grandioso escenario, correspondiéndole casi los honores del prólogo, es donde se mueve y donde se destaca la figura gigantesca de Colón, con la pobreza por patrimonio, el amor al estudio como guía, su génio emprendedor como salvaguardia y su fé ciega y constante en el logro de sus proyectos, como la defensa más robusta y más firme de la realización de los mismos.

Dado que en este estudio me propongo á grandes rasgos, ya lo he dicho, coger de su carácter las notas más brillantes que en él resplandecen, y siendo la primera de ella su carácter científico, necesario es para colocarnos dentro del tema que encabeza este modesto discurso, no sólo hacer un relato de sus estudios, sus viajes, sus planes y sus éxitos, sino que precisa al mismo tiempo para poder aquilatar el valor de los unos y de los otros, relacionar esta cualidad que ahora consideramos, con la atmósfera científica que en lo tocante á conocimientos geográficos se respiraba por aquel entónces.

Por la geografía había sentido Colón desde jóven simpática preferencia; uno de sus numerosos biógrafos, recuerda que desde muy niño había manifestado un ardiente amor por este ramo del saber y un deseo irresistible de navegar, siguiendo con entusiasmo los estudios que le eran congeniales.

Y circunscribiendo los conocimientos geográficos al arte de la navegación, que es lo que el asunto y las circunstancias exigen, para poder apreciar toda la importancia de los esfuerzos del humilde hijo del cardador de lanas de Génova, indispensable será que recordemos á la altura en que se hallaban estos estudios en el siglo XV y la labor y el desarrollo que habían venido alcanzando.

Al estudiar detenidamente esta materia desde las primeras y más remotas tradiciones que nos conserva la historia, hasta el completo establecimiento de la dominación romana, deducimos como signo de tal etapa, la lentitud y

la poca extensión que obtuvieron dichos estudios. Y tan verdadero es este juicio, que un sábio autor inglés, dice como redonda afirmación, que los antiguos tenían un conocimiento limitadísimo del mundo habitado. Hoy aparecen, es verdad, los conocimientos geográficos de los griegos y los romanos imperfectos y atrasados, pero si les comparamos con los de los pueblos que les precedieron y con la época histórica que en conjunto acabamos de nombrar, se nota el avance de su cultura. En Roma la geografía se enriqueció con nuevas observaciones y no puede pasarse en silencio el génio de Ptolomeo, cuya descripción del globo terrestre es dato de sumo valer, para el completo bosquejo de estas materias.

Cuando la señora del Mundo perdió su poderío y las tribus bárbaras se lanzaron sobre sus ruinas, la geografía tuvo que participar del comun olvido en que yacieron las ciencias y las letras, quedando solo como puerto de refugio, los claustros benditos y las bibliotecas admirables de los monasterios, que en lo más intrincado de los desiertos, entre lo más abrupto de las peñas, se erguían gigantes, como águilas para volar hacia Dios con los efluvios de su amor y alumbrar con los destellos de su inteligencia á la sociedad, envuelta entre tinieblas y oscuridades.

El ingenio de los árabes encontró ancho campo en la Geografía, si bien, como es dato harto conocido, sus trabajos y lucubraciones no llegaron en aquella época por Europa, reservándose como dice Robertson, el conocimiento de sus investigaciones á siglos capaces de comprenderlos y perfeccionarlos.

Las cruzadas dieron impulso notablemente á los adelantos del comercio y la navegación: el espíritu guerrero inflamado por el celo religioso, contribuye de modo indudable á este resultado y empiezan paulatinamente, gracias á las comunicaciones abiertas entre la Europa y las costas Occidentales del Asia, la época de los descubrimientos, de

los viajes por tierra. En el siglo XIII es conocidísima la figura del noble veneciano Marco Polo, cuyas expediciones y fantásticos relatos no hay ni aun para qué nombrarlos siquiera, por la resonancia de que fueron acompañados. Siguió á este el caballero inglés John Mandeville, que se propuso seguir el ejemplo de su antecesor y que él mismo nos refiere en su curiosa obra *Voyages and travels*.

No puede desconocerse la importancia que adquieren estos estudios y el cambio que en ellos se opera, merced al descubrimiento maravilloso de la brújula, base fecundísima, para que luego en el trascurso de los tiempos, la marina se sirviese de ella para determinar la derrota de los buques; la física para señalar la declinación é inclinación magnética; la meteorología, para averiguar las variaciones atmosféricas; la topografía, para levantar planos y la electricidad, en estos últimos tiempos, para poder precisar la dirección é intensidad de las corrientes.

Ocioso es ponderar que con este descubrimiento, la revolución que se opera es inmensa, porque los hombres se dedican á aprovechar los beneficiosos resultados que en la práctica tenía que reportarles, si bien siguiendo esa tradición ignata al espíritu humano, miraron con algo de prevención y con algo de asombro lo que creían más bien utópico que real, atribuyéndolo á maléficos influjos de ocultos espíritus, é invisibles fuerzas. Por eso pasan cincuenta años y rueda más el tiempo y se nota que la navegación no toma el atrevido vuelo que se debía esperar despues del invento logrado, teniendo que esperarse á los viajes emprendidos por nuestros compatriotas á las Islas Afortunadas, que fué por decirlo así, el hecho que abrió nuevos y amplísimos horizontes á la era de los descubrimientos.

Sábese que los portugueses tienen algunos años más tarde sitio preferente en este punto, y aunque no puede prescindirse del estudio de las concausas que determinaron su voluntad á seguir este camino, lo cierto es, que debe

esculpirse con piedra blanca la fecha de 1412, en que comienzan sus viajes y excursiones, no solo por la importancia que pudieran tener estos primeros alardes, sino porque, como dice un historiador, se derrumbaba y venía ya por tierra todo el largo reinado de la ignorancia, despuntando los plácidos albores de las ciencias, que traían los destellos de las obras griegas y de los estudios romanos, resucitados de entre el polvo del olvido, por aquella pléyade de monjes sábios que habían ido recogiendo con minucioso cuidado, los tesoros científicos que la barbárie no supo ni leer ni descifrar.

No podemos, porque el tiempo apremia, hacer una parada firme en el exámen de esta época, ní mucho ménos entrar en un detallado relato de todas las excursiones emprendidas y realizadas por los portugueses; baste con lo dicho para sentar el punto de partida que nos interesa, indispensablemente, para ir caminando al objeto que nos proponemos.

Es un fenómeno notado constantemente en el mundo físico, como en el mundo moral, que cuando la naturaleza, la sociedad ó el individuo, despues de acometer gigantes esfuerzos, caen en el natural marasmo que el aliento emprendido les produce como forzosa consecuencia, al resucitar la empresa que no concluye, porque las ideas grandes no mueren nunca, adquiere nuevos y poderosos brios.

Así sucedió en aquel entonces con los viajes y los descubrimientos, que se paralizaron en el año 1463 á la muerte del príncipe Enrique de Portugal, para surgir luego con esforzados caractéres en 1481, cuando D. Juan II ocupaba el trono lusitano.

Los viajes de Bartolomé Díaz, los peligros que venció, la fuerza de las tempestades que parece como que querian oponerse á su paso y los frecuentes disturbios que reinaron entre su misma gente, hacen resaltar más la importancia de sus excursiones.

Con este último nombre se termina la reseña suscita que en brevísimo compendio puede hacerse, de como estaban los descubrimientos geográficos ó el desarrollo progresivo que habian venido alcanzando desde los más remotos tiempos de la antigüedad, hasta cuando aparece la figura de Cristóbal Colón.

Se sabe que en sus mocedades viajó con los portugueses, rindiendo de esta manera grato culto á sus aficiones geográficas y logrando un caudal inapreciable de conocimientos que le sirvieron en mucho para basar luego sus atrevidos cálculos y arriesgados proyectos. El que se abrió más camino en su inteligencia y en su voluntad, fué el de buscar una ruta más breve, que la hasta entonces conocida: que facilitara la comunicación de Europa con las Indias, creía que esta senda se la proporcionaba el mar Atlántico, puesto que navegando directamente al Oeste, se encontrarían nuevas regiones, que debían ser á su juicio, partes importantes del vasto continente índico. Y esta opinión, tan quimérica á primera vista, calificada de utópica por muchos, se arraigaba con fuerza extraordinaria en su pensamiento, contribuyendo á robustecerla más, los viajes que había emprendido, los estudios hechos y las creencias que profesaba acerca de la forma esférica de la tierra y algunas pruebas prácticas que la casualidad le había ido suministrando.

No podía escaparse de la ley general que se observa en todos los hechos que con Colón se relacionan, este punto interesante de su historia y ocioso es referir por extenso, todo cuanto se ha discutido acerca de si eran ó no, originales sus proyectos. Hay un autor que supone, que aunque pudiera decirse que su propósito era plagiado y deducido de las concepciones de otros génios, siempre habría forzosamente que atribuirle y concederle mérito, porque la originalidad en lo humano no consiste en la absoluta forma nueva que revista el pensamiento, sino en la manera espe-

cial y propia como se enlazan las ideas, ya para constituir un sistema científico, ya para dar vida á una creación artística ó producir un hecho material. Es verdad que no fué ni pretendió serlo, pues ahí están sus escritos; él fué autor de un proyecto de navegación y de descubrimientos geográficos que carecían por completo de base y de precedentes en los libros ó en las teorías de sus contemporáneos, pero es lo cierto que sus ideas constituían un sistema completo que le permitió afirmar, con convencimiento propio y materiales de certeza exclusivos, lo que hasta entonces, como hemos podido comprobar, por la rápida reseña hecha, habian sido sueños de viajeros más ó menos animosos y esperanza de lucro, para políticos y navegantes.

Profundizando la crítica en esta controversia y queriendo descender hasta el más insignificante detalle, para apreciar la obra de Colon, se fija en que todos sus cálculos se basaban en dos errores: la extensión imaginaria del Asia hasta el Occidente y la supuesta pequeñez de la tierra, como recuerda Lafuente; pero esas mismas equivocaciones le conducian á un dato fijo, cumpliéndose aquí el dicho de uno de sus más doctos biógrafos, que asegura que el atractivo de lo falso le llevaba hácia lo verdadero.

Con lo expuesto anteriormente, con repasar lo que habian sido los estudios geográficos y aquilatar la teoría del marino genovés, los cimientos en que la sustenta y las discusiones que provocó, se delinea también el mérito de su ciencia y aparece de modo evidente el primer carácter que hemos querido encontrar en su biografía. Y tiene su labor otro detalle valioso, que no puede dejarse en silencio, cuales, que sobreponiéndose á las preocupaciones de los hombres que le habian precedido en estos estudios, supo avalorar el precio inestimable de los datos de la antigüedad, aunque apareciesen incompletos, y así le vemos repasar con noble ahinco y curioso afán las obras de Plinio y de Séneca; las opiniones de Ptolomeo, Aristóteles y Estrabon y



otros sábios que emitieron diversas teorías acerca de la redondez de la tierra.

La ciencia que revela poseer Colon en la gigantesca y maravillosa obra que emprende, reúne todos los requisitos que necesita la posesión del conocimiento verdadero: es producto de estudios prolijos; la experiencia y la práctica la corroboran y la confirman y una entereza sólida, enérgica y decidida, sirven para preservarla de todo átomo de duda y toda sombra de vacilaciones.

Faltanos ahora, para ultimar esta primera consideración que vá exponiéndose, analizar cómo fué comprendido ese carácter científico por su época y por sus contemporáneos.

La crítica ha depurado ya convenientemente las largas y dolorosas peregrinaciones que tuvo que sufrir el oscuro marino de Génova, antes de que se admitiera su proyecto. Un conocido historiador le busca en estos viajes y lo retrata caminando á pié, sin otro equipaje que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas debajo del brazo y una silueta de mentecato ó de profeta: si resultaba lo primero, sus propósitos eran necios; si lo segundo, irrealizables. Su primera decepción fué en su pátria. A ella, á la rica y opulenta Génova, corrió, el que apesar de la ausencia no había olvidado las serenidades de aquel cielo y las dulzuras de aquel clima, que arrullaron sus primeros años, en cuanto formalizado su plan geográfico, concibió con tenacidad de héroe, el inquebrantable designio de realizarlo. Aquí Colon obedeció á los instintos del cariño pátrio y vino á dejar escrito con indestructible lógica un argumento poderoso á favor de los títulos que esta ciudad alegara luego, para probar que era la cuna de génio tan ilustre. Quería, con ese loco cariño que se siente por el recinto donde se nace, que los triunfos de su viaje, los éxitos de su expedición, fuesen para aquella tierra, donde vivieron sus padres, donde la luz de la razón bañó su cerebro, donde

columbró quizás los primeros y más íntimos resplandores de la gloria que le estaba reservada. Pero Génova fué ingrata; el Senado de aquella república consideró su opinión como utopías de un quimérico proyectista, perdiendo, según frase de Herrera, en su *Historia de las Indias Occidentales*, la propicia ocasión de recuperar su antiguo auge y su glorioso esplendor. Lágrimas caldeadas por el desaliento y la mala correspondencia, debieron costar á Colon, los acuerdos de la Cámara de su pátria, y hombre resuelto, que no se amedrenta con las contrariedades, marcha á Portugal, porque cumplida ya la ley que le imponian los deberes pátrios, se deja arrastrar por el afecto contraído con el territorio lusitano, donde tanto tiempo había habitado, y por la natural admiración que le merecían los viajes y descubrimientos últimamente realizados por intrépidos exploradores de esta nación.

Con dos formidables enemigos, tuvo que combatir la ciencia de Colon, y si ella apesar de la derrota que sufrió, supo resistir los crueles embates de que fué víctima, claro es y obvio como la luz del medio día, que se aquilata mas el brillo de este carácter científico que venimos proclamando: fueron sus adversarios en la córte portuguesa, la ignorancia y la envidia, ese presuntuoso defecto y esa artera cualidad que lo mismo destruye ilusiones, que mancha inmaculadas honras.

Y no sólo la falta de conocimientos de las personas encargadas de juzgar á Colon, fué origen de la resolución contraria que en Portugal obtuvieron sus planes, sino que el gérmen principal, radicó en los apetitos del amor propio excitado en esos jueces, por el interés y la responsabilidad que á ellos correspondía en ciertos proyectos de navegación que se venían verificando y para los cuales, á fin de buscar el paso á la India, seguíase un rumbo opuesto al sometido á su estudio.

Había cumplido el animoso corazon del preclaro mari-

no con los dos sentimientos primeros que invadían su alma noble; brindó el fruto de sus largas meditaciones á su pátria y á su nación adoptiva; Italia y Portugal, rehusaron la oferta, y si estos dardos agudos que recibía en lo mas sagrado de sus firmes convicciones, hubieran sido bastantes para desalentar á cualquiera otro espíritu mas timorato, él con la conciencia de su triunfo seguro, decídese á probar nueva fortuna, con las esperanzas del neófito, las convicciones de su fé y la constancia de su carácter.

A juzgar por las apariencias, Colon debía sufrir en nuestro suelo nuevos repudios: al territorio, á la pátria entera, á sus reyes y á sus vasallos, no les debía preocupar en aquellos momentos, mas que coronar con los halagüenios remates del triunfo, la epopeya comenzada en Covadonga, y era temerario acoger lo incierto, abandonando lo que estaba próximo á ultimarse. Venía por otra parte el intrépido genovés á un país, que preocupado en sus luchas, dolorido por sus turbulencias, no había tenido el tiempo necesario, ni el reposo adecuado para consagrarse al cultivo y desarrollo de los conocimientos geográficos: las circunstancias éstas que van anotadas y otras que pudieran acumularse, eran desventajosas, y sin embargo, el pensamiento se acoge, el plan prospera y la expedición se lleva á cabo.

¿Por qué este fenómeno? Su explicación me la doy y entro rigurosamente dentro del tema propuesto, pensando que Colón se confunde y se amolda perfectamente, con el carácter, el aspecto y las costumbres de aquella época y de aquellos soberanos, cuya protección solicita. Fisonomía grave y cortés, reservado en sus palabras y acciones; parco en sus respuestas; religioso en sus costumbres, encaja por misterioso modo, dentro del modo de ser de aquella Reina Católica, de aquel soberano sagáz político y de aquel ambiente sereno, austero y fervoroso que se respiraba.

Es verdad que tuvo un doloroso *via crucis*; cierto, que la sabiduría del cláustro y la posición cortesana riñeron

rudas y encarnizadas controversias; pero la inteligencia y el corazón de una mujer y el amparo venerable de un fraile franciscano, hicieron mas que doctores y togados, que jueces y consejeros áulicos.

Y esta es la postrera cualidad que yo admiro en la ciencia de Colón: su fuerza de convencimiento, su atracción vigorosa. No basta, no, que el sabio luche con las esferas que le indican con persistente energía que hacen falta para equilibrar su consistencia el peso de nuevos continentes; que las cartas geográficas le determinen con esa irresistible lógica de los hechos ciertos el trazado matemático del nuevo derrotero que busca; que los compases le marquen los grados de las longitudes ó latitudes que anhela; que el astrolabio al señalarle en los mares las imaginarias líneas de que se sirve la ciencia náutica para conocer su situación exacta, le lleve un paso mas cerca del término que desea; que la brújula le indique el camino de Occidente por donde espera encontrar las anheladas costas de la India; que desentierre de los archivos y bibliotecas los pergaminos clásicos, de los mas eminentes cosmógrafos; que busque en la filosofía y en la historia nuevos eslabones que consoliden mas y mas su pensamiento, y que robustezca este con las lecciones provechosas de la práctica; que mida sus armas en el terreno de la discusión y escuche reparos y oiga dudas y laceren sus oídos las abrumadoras repulsas del desprecio, contestadas con el poderoso valor que presta el firme arraigo de la posesión de la verdad; no basta, no, repito, estas preciosas cualidades; se necesita esa tenacidad y esa persistente actitud que se revela en la vida de Colón; esa elocuencia, parca en la frase, pero repleta de entusiasmo, con que exponía sus doctrinas y esa misteriosa compenetración que se establece entre dos almas grandes, esclavas ambas de sus ideales, que no reparando en las contradicciones de una falsa sabiduría, en las penurias del tesoro, en los desaires recibidos, en la lucha palaciega, en los pa-

vorosos augurios, en los injustos reproches, se sobreponían á tan viciada atmósfera, el uno con los alientos de su ciencia, la otra con su amor á la patria. Y ciencia y fé y entusiasmo y patria realizan el portentoso milagro de que surgiera del seno de las aguas un mundo nuevo con vegetación exuberante, con frutos pródigos, con espejos de nácar en el lecho de sus rios y en los diáfanos cristales de sus lagos, con penachos de nieve en el pico de sus montañas y con grutas de oro en las profundidades de la tierra que, debió sentirse estremecida cual vírgen que vé sus primeros ensueños de amor, coronados por el beso febril que la pasión deposita en sus labios, al clavarse en su suelo feraz el glorioso estandarte de Castilla que bendecía sacudido por la brisa ardiente de los trópicos, los esfuerzos de un marino invicto y de una Reina gloriosa que al desprenderse á impulsos del entusiasmo de sus joyas mas preciadas, le dió á España el mas rico florón de su corona en aras de su loco cariño y su vehemente idolatría.

Materia sencilla, si bien por esto mismo difusa y fecunda en consideraciones, es la que se refiere á tratar de la fé de Colón; rasgo característico de su vida, de sus proyectos y de sus hazañas. Esta prenda moral suya, debe considerarse bajo dos aspectos, que se complementan y se armonizan en relación admirable y maravillosa; su fé ciega en el poder y eficacia de su descubrimiento; su fé ardiente en Dios y en los dogmas de la Iglesia. Sin estas creencias arraigadas, sin estas persuaciones íntimas que brillaban en el fondo de su espíritu ¿cómo hubiera podido soportar ese doloroso calvario que la fatalidad le hizo recorrer cuando mas esperanzas abrigaba, cuando mas ilusiones entreveía su genio?

Esta fé suya, es otra nota que justifica mas mi tésis, porque Colón la muestra identificándose con su época. No hay que olvidar las costumbres religiosas de los Reyes Católicos; que se había terminado la conquista de Grana-

da, hazaña portentosa, en la que el celo de la fé tuvo gran parte; que se acababa de establecer el discutido tribunal de la inquisición y en que alcanzaban gran prestigio las órdenes religiosas.

El argumento sin duda, que á la Reina Isabel le hizo mas fuerza, para decidirse á patrocinar con tanta decisión los proyectos del marino extranjero, fué según nos refieren varios biógrafos de tan excelsa princesa, la esperanza de ver difundida la luz del Evangelio por extrañas tierras.

Para que este carácter que venimos apuntando, resulte todavía mas claro, ahí está la intervención del Padre Juan Pérez, á quien generalmente se llama Marchena, hijo humilde del seráfico patriarca de Asís, persona de ilustrados conocimientos y rector de la Rábida.

La religión comprendió al genio, y aquel hombre que había sido despreciado por una república poderosa, engañado en una nación hidalga, motejado por los sabios del mundo, por los hombres que creían condensar en sí todos los resúmenes de la filosofía y todos los adelantos de las ciencias exactas, halla solo sustento en su empresa, cuando encuentra en su camino espíritus nutridos por la vivificante savia de la fé católica. Aquí se lanzó mediante hecho tan elocuente, mentís rotundo á los que andando el tiempo habían de exclamar con notoria injusticia que la fé y la religión eran en absoluto incompatibles con todo progreso y con todo adelanto. Tremendo error, que puede ser desvirtuado con pruebas inconcusas, con hechos tangibles, con opiniones nada sospechosas.

En los tiempos antiguos, la doctrina nueva del Crucificado que causó una revolución completa, porque trocó los moldes de aquella sociedad viciada, dilató la esfera de los conocimientos humanos, dió una expansión inmensa á la imaginación del hombre, desarrollando principios que estaban envueltos en medio del caos y en torno de la duda. En la Edad Media, á la sombra de la religión progresó la

ciencia, que se salvó del naufragio general, merced á las órdenes religiosas, y en estos tiempos modernos, hoy mismo, descuellan hombres de ciencia que asombran al mundo y que el primer libro que cogieron entre sus manos, fué el Catecismo, conservando como base de sus doctrinas, la salvadora enseña allí enaltecida.

No hay que fijarse en épocas determinadas de la historia, para comprobar esta verdad, pudiendo establecerse como regla única, que donde quiera que en el trascurso de los siglos, se levantó una cruz, allí floreció la civilización y germinaron las virtudes, aun en el fondo de los desiertos.

A su sombra han nacido y se extendieron las grandes instituciones que la historia perpetúa y se respetaron todos los derechos, que debo proclamarlo muy alto, la Iglesia ama la libertad, la Iglesia la quiere, la Iglesia la consagra, pero libertad que no sea una mofa en la frase ni un despotismo en la práctica, que reconozca á Dios y en Dios se funde como fuente y origen de todo derecho, señor y árbitro de todas las voluntades.

Estas relaciones íntimas de la ciencia y de la fe; estas compatibilidades entre la Iglesia y los diferentes sistemas de gobierno, las han proclamado labios augustísimos en documento solemne, cuyos tonos dulces y templados, y cuyas frases de paz, responden perfectamente á ese espíritu de caridad que de modo invariable domina en la comunión católica.

La fe de Colón, mirada ahora bajo este punto primero, ó sea en su aspecto religioso, tuvo que someterse á ruda prueba, porque casi se le quiso hacer pasar por hereje y en contradicción palmaria con los textos de la Escritura y las opiniones de los Santos Padres. Recuérdese que en la Junta de sabios celebrada en el convento de San Estéban de Salamanca, no se le rebatió con objeciones científicas, sino con citas de la Biblia, con las palabras del Salmo que dice que los cielos están extendidos como un cuero; con

epístolas de San Pablo y con frases de San Agustín. Pruebas inequívocas son estas de las torturas con que se aquilataba su convicción firmísima, encontrando para todos esos distingos, otros datos que rebatían por completo la interpretación que sus adversarios daban, á pasajes que no tenían semejanza ni contacto alguno con el punto controvertido.

Victorioso de esta prueba, siendo ya su fe como hemos visto, no sólo profunda y probada, reviste también el carácter de ardorosa y práctica.

Realiza sus planes; logra pisar aquellas tierras que tantos suspiros habían costado á su alma y tantos dolores á su espíritu, y su primer cuidado es variar el nombre de la primera isla que pisa, poniéndole el de Salvador en conmemoración, como él escribe á Luís de Santangel, de su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado. Y cuando vino á España y fué recibido por los Reyes Católicos, su primer cuidado fué hablarles de que los sencillos habitantes de aquellas islas, le parecían muy dispuestos á recibir la luz del Evangelio y que allí se abría un ancho campo para difundir la salvadora doctrina del cristianismo.

Toda esta obra de Colón, como nutrida por la fe, lleva siempre como compañera la autoridad de la Iglesia. Navarrete en su *Colección de viajes*, tratando de este punto, afirma haber visto la Bula dada por Alejandro VI para autorizar la conquista de los países descubiertos, trazando el mismo Pontífice la famosa línea imaginaria, marcando el radio de los descubrimientos españoles y el de los navegantes portugueses.

Y en este particular, aunque no sea más que de pasada, porque imposible es parar la atención en tantos extremos como al encuentro salen, quiero recordar las frases de *Prescot*, que defiende esta intervención del Papa, diciendo «que aquel arrogante ejercicio de autoridad pontificia,

tantas veces ridiculizado como quimérico y absurdo, llegó á justificarse en la práctica, porque estableció los principios, según los cuales, quedó definitivamente dividida entre dos estados de Europa la vasta extensión de imperios vacantes en Oriente y Occidente.»

Este carácter de fe ardiente que resplandeció en toda la existencia de Colón y que fué el estímulo y el plantel donde brotaron las otras prendas morales y virtudes que en él se destacaban, han levantado el clamor general que ha acudido á la Santa Sede, pidiendo las preeminencias de la beatificación para espíritu tan grande.

Su fe debe considerarse tambien bajo el otro aspecto que al principio apuntábamos: en el arraigo profundo que en su alma existía acerca de la verdad y certeza de sus proyectos: al genio más enérgico hubieran amilanado los desaires y los contratiempos que sufrió; las injuriosas calumnias de que fué víctima y, sin embargo, como en el fuego se temple el hierro, así su corazón se animaba mientras los vientos de la duda eran más recios. Lamartine dice que descuellan en Colón fe, trabajo, paciencia, obstinación dulce, pero infatigable hasta alcanzar el fin, conformidad con los designios del cielo, olvido de las injurias y en una palabra, esa virtud que contiene y diviniza las demás, cuando ella es lo que era en el alma de Colón; presencia constante de Dios ante su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el corazón, alegría y gratitud en los triunfos y resignada tranquilidad en los reveses.

La historia de sus peregrinaciones por las Cortes extranjeras, brindando las primacías de su talento, ya van narradas en el curso de este trabajo; el relato de sus tribulaciones en el viaje primero, es harto conocido para referirlo al pormenor. No sólo tuvo que luchar con los elementos, sino con infinitos riesgos que le trageron la desconfianza, la impaciencia y los celos de sus propios compañeros. Uno de los más conocidos y eminentes historia-

dores de esta época, relata que cuando los expedicionarios, después de haber perdido de vista las Canarias, comenzaron á considerar que llevando tras sí un largo mes de expedición, no contemplaban como perspectiva más que un mar sin límites, se entregaron á la murmuración más calumniosa, motejando sin el menor rebozo, de insensato é iluso al que los había congregado para realizar tan aventurera expedición. No ignoraba Colón estos rumores desfavorables que en su torno se alzaban y que sirvieron para aquilatar más y más su fe y robustecerla y probarla, si ésta no hubiera estado de suyo harto depurada. Las naturales zozobras de su espíritu luchan con los firmes arraigos de su íntimo convencimiento y en el combate que mantiene y del que sale victorioso, idea ingeniosos recursos que demuestran su poderoso talento: cuando los días se hacen más largos en aquellas carabelas y el descontento que reina en toda la tripulación alcanza á mayores proporciones, apela al medio de sustraer todos los días de su cálculo de leguas marinas, una parte de la verdadera y positiva distancia que iba avanzando, y mientras él secretamente anotaba los datos ciertos, en el itinerario que enseñaba á los pilotos y marineros, aparecían cifras consoladoras que servían para calmar la inquietud de los desconfiados, y llevaban á los ánimos alguna partícula, por insignificante que fuese, de la inmensa fe que él poseía. Pero la tempestad que germinaba en los bajeles no podía contenerse con cifras aparentes, ni consoladoras promesas de triunfo cercano, y lo que habían sido murmullos de descontentadizos, se convirtieron bien pronto en formidables amenazas de traidores. Colón lo sabía todo, dice el Sr. Lafuente, pero imperturbable y sereno, con fe en el corazón, con la vista fija en los astros ó en la brújula, fingiendo ignorar lo que contra él se tramaba, logró persuadirles á que por unos días no desesperaran de él, y con esto y con las señales que decía observar de no estar muy distante la tierra suspirada

y con la tranquilidad y sereno aspecto que procuraba mostrar en su rostro, iba entreteniéndolo y manteniéndolo paz, al propio tiempo que sembrando confianza entre aquella gente bulliciosa y casi desesperada.

Su ciencia, mal comprendida, le hizo pasar, ya lo vemos, por ignorante; su fe le acarrea la nota de fantástico y visionario.

Pero como la primera le hizo vencer las dificultades que surgieron á su paso, la segunda le alcanzó el premio que su entusiasmo merecía, que como dice un eminente gaditano, cuya arrebatadora palabra lleva entre sus sílabas encaje primoroso de dulce poesía, «sino hubiera existido el nuevo mundo, Dios lo hubiera hecho surgir del seno de los mares para premiar la fe de Colón.»

Rousseau define al heroísmo, diciendo que arranca y se deriva de la fortaleza del alma. Me he fijado en en esta frase, porque entre todos los autores que he tenido necesidad de hojear en estos días, ninguno encuentro que describa esta cualidad, tan apropiadamente como á Cristóbal Colón conviene. Pierre Larrouse, escribiendo sobre este tema sostiene, que el principal carácter del heroísmo, estriba en que sea inspirado por la virtud y el espíritu de sacrificio, notas que también se encuentran de modo clarísimo en la vida y hechos de nuestro personaje.

La epopeya mitológica, nos presenta al héroe en los lindes de lo maravilloso, y para realzar más sus atributos, ponderar sus hazañas é impresionar nuestros sentidos, los busca en la categoría de dioses. Rama es encarnación de Vischnou, Aquiles hijo de Taetos, Eneas proviene de Vénus y nuestro Hercules, el forzado fundador de nuestra ciudad, del Olimpo descende. La figura del héroe, se escapa de la percepción de la limitada inteligencia del hombre, realiza tan colosales trabajos y tan extrañas aventuras, que lleva tras de sí la admiración y el asombro: lucha con leones, vence pueblos indómitos, rehuye la muerte, viaja

á tierras ignotas y siempre su destino es el triunfo, su origen la divinidad y su camino está sembrado de hojas de laurel y alfombra de flores.

Idéntica tendencia á lo maravilloso se nota en la mayor parte de los héroes épicos de la Edad Media. Carlo Magno, transfigurado por la leyenda es semejante á los dioses; sus paladines Renato y Roland, son invencibles como Aquiles y Yacón; Merlin es inmortal, y un día servirá para vengar á su raza.

Pero conforme las costumbres se modifican y la civilización avanza y la cultura se impone, ya el héroe deja ese carácter pagano y supersticioso y se humaniza, viniendo á participar de nuestras virtudes y nuestros defectos, para que así, con el influjo de las pasiones, con el azote durísimo de la lucha de la vida, puedan realzar las primeras y oscurecerse las segundas.

El heroísmo necesita para que brote, un corazón templado para la contrariedad, un alma valerosa y un magnánimo sentimiento contraído en los rudos embates de la existencia. El dar la vida por la religión que profesan constituye á los mártires en héroes gloriosos del cristianismo; el derramar su sangre por el prestigio de la nación lleva á los ciudadanos á ser héroes de la patria; el exponer su suerte, combatir con el peligro y desafiar los vientos nefandos del odio y el encono, debe constituir á Colón en héroe de la ciencia. Repasad de nuevo su historia, unid en vuestro recuerdo sus dolores y aflicciones, su sereno ánimo en la tribulación, su fe en Dios, cuando más perdido se encontraba el logro de su anhelo, sus arranques generosos cuando los suyos desconfiaban y encontrareis siempre, á cada instante y en cada momento en que queráis considerarlo, esa fortaleza de ánimo que Juan Jacobo Rousseau señalaba como condición esencialísima que había de presentar el héroe. El mismo abandono que tuvo en sus últimos años, cuando conjurada parecía ya la desgracia,

cuando triunfante la ciencia de la ignorancia, lógico era esperar días de venturas en vez de prostergaciones, calumnias y ofensas; la serenidad con que arrostra tales contratiempos, realzan su personalidad y pobreza, él que había enriquecido á un pueblo; abatido, el que estuvo alzado en el pavés del triunfo; prostergado el que concentró en momento solemne la atención universal, se le vé siempre, que su alma manifiesta las hermosas cualidades que constituyen el heroísmo, que bien lo sabeis vosotros, no hace falta para hacer resaltar el mérito valeroso de los espíritus grandes, ni los formidables cuadros de las batallas, el relucir de las armas, el vértigo amenazante del peligro, las fascinaciones del éxito, los esplendores de la gloria que quiere alcanzarse ó el impulso noble y magnánimo de un afecto generoso; el héroe, donde se depura y verdaderamente se forja es en la adversidad, y si los antiguos personajes de las leyendas mitológicas para alcanzar esta categoría necesitaban el emblema de lo maravilloso y la aureola radiante de una estirpe sobrenatural, hoy llamamos héroe á quien templa su espíritu en las negras tintas de la desgracia y puede morar perfectamente en el tugurio más humilde, lo mismo que en el más encumbrado de los alcázares.

Hay también otra cualidad que debe enaltecerse en Colón; la segunda naturaleza que en él se crea y el amor férvido que á España profesa. Discutan en buen hora las ciudades italianas, cual de ellas tuvo la dicha de ser cuna de hombre tan célebre; revuelvan sus archivos para acumular argumentos que justifiquen sus derechos; traigan á la polémica entablada poderosas razones que lleven al ánimo más firme convencimiento, pero siempre, pasando por el fondo de tales alegaciones y demostrando poseer mayor energía que todas y cada una de ellas juntas, resultará que España tiene verdaderos derechos para considerar como cosa propia al Almirante ilustre, porque él se identificó con nuestro carácter, nuestras costumbres y con

su época, y no sólo ya por amory gratitud, ni por lazos indisolubles de familia, ni por afecciones de cariño, sino por lealtad de convicción, por nobleza de sentimientos, se inscribió voluntariamente en el número de los españoles, teniendo como el más leal y valeroso de ellos, el mismo esforzado anhelo por las glorias y grandezas de la patria, lamentando en los instantes de amargura, los desastres, decepciones y derrotas.

En una palabra, míresele bajo el prisma que se quiera, considéresele por lado más indiferente, su figura vendrá á resultar la de un héroe, que con la salvaguardia de su ciencia y el tesón de su fe, se hizo superior á las contrariedades con que fué probado.

Si delineando á grandes rasgos la historia interesante del ilustre marino hemos podido encontrar la nota de sabio, la de creyente y la de esforzado, ocioso es decir, porque es la tésis que desde el principio he tratado de desarrollar, que su época participó de estos tres caracteres.

Dígalo sinó aquel movimiento científico que al espirar el siglo XV y entrar de lleno el XVI, se nota que avanza con paso gigantesco; díganlo sinó los preclaros corifeos que esta nobilísima empresa de cultura tiene por genuinos representantes y en cuya larga lista de eminencias, se leen los nombres de Lebrija y Talavera, de Oviedo y de Palencia, de Ayora y de Vergara, de Manrique y de Montero, de Peñalosa, Santaella y Almela; atestigüalo también la reacción que se opera con el desarrollo que paulatinamente vá alcanzando esa prodigiosa conquista del saber humano, que se llama imprenta y que en su día, había de ser base para esa otra bandera de adelanto que con el nombre de prensa conocemos; que si como toda obra humana ha tenido errores y presenta defectos, que feliz la institución, el principio, el hecho, el hombre que puede exceptuarse libre de toda sombra de equivocación ó engaño, ha sido márgen bendito de inmensa cultura que ha hecho las grandes cam-

pañas de la moralidad y el orden, y hoy mismo, de entre el eco de los que no comprendiéndola bien, la censuran y mortifican, brota su panegírico más excelso, panegírico de los que con la pluma, la tinta y las cuartillas, aspiran solo, no á difamar y zaherir honras, sino á prestar un beneficio á la sociedad, luchando por una idea noble y generosa, y castigo á aquellos que olvidados de su misión, en el mero hecho de postergar sus deberes, nopueden ser considerados como hijos nobilísimos del periodismo.

Yo siempre que toco este punto, os lo recordaba el año anterior y perdonadme que en éste evoque de nuevo la cita, no puedo dejar en olvido que mi bautismo á la vida activa, lo recibí con los sudores del trabajo continuo y de la pelea diaria y nunca, lo digo con orgullosa jactancia, perdí mis convicciones de profundo católico, dejé de respetar á mi adversario y antes que manchar el acero de mi pluma con la asquerosa baba de la calumnia, la hubiera roto y la hubiera abominado, hundiéndome yo voluntariamente en el fango de mis mostruosidades, antes que la opinión pública viniera á herir mi rostro con sus imprecaciones y motejar mi honra con sus venenosos dardos. Creyente de convicción, vanagloriándome en llamarme periodista, procurando respetar y respetando la autoridad infalible de la Iglesia, he huido siempre de que mi periódico fuera cátedra teológica, y si alguna vez, no me acusa la conciencia, involuntariamente, por error ó por descuido fueron los caracteres de mi letra donde nunca quiso llevarlos la intención, que es la responsable de las acciones, yo no tengo ni que retractarme de un error que la voluntad no creó, porque por costumbre, por inclinación, por arraigos y por sentimientos, respeto, amo y venero á la Iglesia Católica.

Y entra como de molde en esta parte, cuando estamos hablando de censuras y de críticas y tenemos que comenzar enseguida á tratar someramente de la nota religiosa que brilla en la época de nuestra historia que nos ha tocado

delinear, rechazar y refutar los cargos lanzados contra un ilustre hijo de Domingo de Guzmán, Fray Bartolomé de las Casas, que tiene gran papel en el desarrollo de los descubrimientos de Colón y á quien los extranjeros quieren culpar injustamente de haber introducido la esclavitud en América, cuando él sostuvo con singular ardor que la religión católica, proclama la libertad verdadera de todos los hombres y condena la servidumbre, en cuanto tienda á borrar de sus frentes el destello purísimo de la divinidad.

Ni Fray Bartolomé de las Casas predicó la esclavitud, ni Cristóbal Colón como afirman algunos biógrafos. Si la respetó fué porque en España existía y entre los judicos se daba con caracteres horribles y á lo que dedicó todos los esfuerzos de su sensible corazón, fué á aminorar su suerte y hacerla más llevadora, aliviando sus desgracias. Los Reyes Católicos, inspirándose en la fé religiosa que ellos observaron con tan rigorista exactitud, fueron celosísimos defensores de la libertad de los indios, y no se puede olvidar el encargo que dieron al Comendador Fray Nicolás de Ovando para realizar este propósito.

En el transcurso de este ya largo trabajo, ha habido necesidad de hacer resaltar el espíritu fervoroso que dominaba en la centuria que venimos recorriendo, examínese el más mínimo detalle de los muchos que pudieran agruparse en este punto y se verá que todos convergen para darnos la razón más absoluta. Los Monarcas que ocupaban el solio español, merecieron el nombre de católicos; la epopeya de Granada se ultimó á impulsos de la fé; en el corazón de la Reina se abrigaba la piedad más sólida y el pueblo español conservaba puro el principio religioso. Velaron los Príncipes por los prestigios de la Iglesia, respetando su autoridad, rindiendo justo homenaje á sus prerrogativas y altas cualidades.

Ancho campo se ofrece á la imaginación entusiasta de las glorias de la patria, de esa idea tan santa como noble,

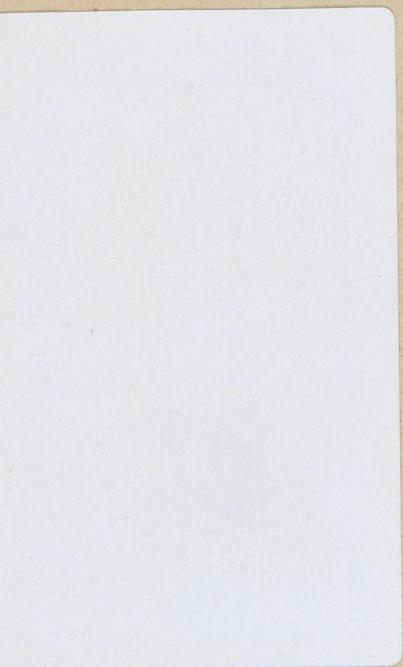
que brota en todos nosotros y que hace vibrar las fibras del mas indiferente ó del más egoista, para hablar de los héroes que en aquella época lanza á la faz del mundo la España de Isabel y de Fernando, primero en la reconquista, luego en los campos floridos de la Italia y en los ardientes terrenos de Africa, donde surgen de improviso entre los bruñidos cascos del rutilante acero, generales invictos, grandes capitanes y soldados valerosos. Esta época, grande en la historia, es la que yo he tenido la audacia de recojer con la aridez de mi estilo entre los borrones de mi tinta, habiendo tomado de ella, como egida protectora que recabase vuestra indulgencia, la figura inmortal de uno de los génius que más cooperaron al brillo de aquella edad y al lustre de aquel siglo.

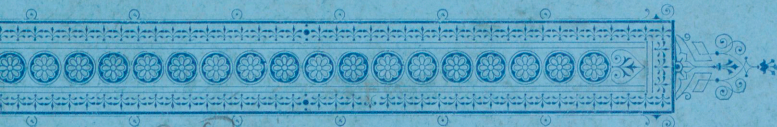
Bien sé y tomad con perfecta sinceridad esta confesión espontánea que os hago en las postrimerías de mi discurso, que queda toscamente trazada, la silueta difícilísima del audáz é infatigable navegante; pero ¿quién soy yo para intentar su bosquejo? Para cantar sus glorias y ponderar sus méritos, hace falta que la palabra lleve en sus acentos toda la poesía de la tierra italiana que diera ternura al Dante, melancolía al Petrarca, ardor al Tasso, colorido á Rafael, atrevimiento á Miguel Angel, melodías á Rossini, toda la fogosa inspiración que se encarna en los tórridos climas americanos, donde el eco de las frondas, el murmullo de los torrentes, el susurro de los rios, las exuberancias del paisaje, cada ola del mar que con cintas de blanca espuma engalana la costa; cada átomo de brisa que refresca la lava hirviente de los encendidos volcanes y cada estrella de su esplendente cielo, son notas grandiosas, elocuentes testigos, incontestables defensores que en el transcurso de los siglos, van pregonando la gloria inmarcesible del que, en aras de su ciencia, esclavo de su fé y víctima de su heroismo, repitió el *fiat lux* del Génesis ante mares desconocidos, gente incrédula y horizontes envueltos en densas brumas que habían

de convertir y disipar por completo la cruz de Cristo y el estandarte de Castilla.

ME DICHO.







320

TALLERES  
TIPOGRAFICOS  
DE  
RODOLFO DE OLEA  
COMEDIAS, 10 Y 12  
CADIZ

